

"cioso panegírico de misceláneos elogios que de ocho singulares sermones, de otros ocho particulares predicadores doctos hizo y dijo el Padre Predicador Fray Antonio de la Trinidad el día 16 de Diciembre del año de 1690, en el plausible novenario que en cultos del Jazmín nevado del instante primero del ambarizado punto de la Concepción libada de María sin pecado concebida rinde anual en la ciudad de Texcoco, en nuestro convento parroquial de San Antonio. Dedicalo con gusto (del amigo que lo costea) el afecto del autor obsequioso y rendido á nuestro Reverendísimo Padre Fray Juan Crisóstomo lector jubilado, Padre de la Santa Provincia de los Angeles y Comisario general de todas las provincias de Nueva España y sus "custodios." (México, 1691).

Fray Gaspar Reyes. — Natural de la Villa de Carrión del Valle de Atlixco.

A los 15 años de edad, en 1670, entró de jesuita y muy aventajado en las letras, dedicó un acto escolástico al Padre Vieyra, cuyo fiel imitador fué en la oratoria sagrada, al grado de llegar á decirse que Vieyra mandaba á Reyes ya compuestos los sermones que éste predicaba.

Conociendo nosotros casi todos los sermones que se imprimieron del orador mexicano, y sabiendo ya lo que debe esperarse de los imitadores de Vieyra, sólo diremos que Reyes no fué otra cosa más que un gongorista difuso y pesado. No queremos fatigar al lector con más ejemplos de extravagancias y literatura soporífera, considerando ya bastante con los que hemos puesto anteriormente.

Padre Tomás de Escalante. — Jesuita natural de Puebla. Fué rector de varios colegios y tuvo fama no sólo de gran predicador, sino de sobresaliente. Murió en Querétaro el año 1708, no habiendo dejado impresa más que una de sus oraciones sagradas, única que se conoce: "Sermón fúnebre en las exequias de los soldados españoles, etc. (México, 1694.)

Hemos leído el sermón fúnebre del Padre Escalante y nos parece defectuoso.

No hay en él desarreglo de ideas, obscuridad de lenguaje, ni baja de dicción; pero su estilo es pasado, contiene comparaciones forzadas é interpretaciones violentas, se engalana con figuras de mal gusto y erudición excesiva.

CAPITULO VIII.

Siglo XVIII.

Fray Juan de San Miguel. — Fray Blas de Pulgar. — Fray Antonio Mancilla. — Padre Juan de Goycochea. — Dr. D. Lucas Verdiguera Ixasi. — Padre Nicolás Segura. — Fray Juan López Aguado. — Fray Juan Villa y Sánchez. — Dr. D. José Díaz de Alcantara. — Dr. D. Andrés Arce y Miranda. — Padre José Julián Parreño. — Fray José Manuel Rodríguez. — Dr. D. Antonio López Portillo. — Fray Miguel Martínez. — D. José Patricio Fernández de Uribe y Casarjeo. — D. Francisco Javier Conde y Oquendo. — Fray Nicolás José de Lara. — Fray Francisco de San Cirilo. — Presbitero José Manuel Sartorio.

Con el siglo XVII no concluyó ni en España ni en México el gusto gongorino aplicado á la oratoria sagrada, sino que continuó, salvas pocas excepciones, hasta fines del siglo XVIII.

Lo que en esa época fueron los sermones en España, lo declaran los historiadores de la literatura de aquella Nación, pero más vivamente el Padre Isla en su novela retórica: "Historia del famoso predicador *Fray Gerundio de Cam-pazas, alias Zotes.*" Donde se pone en ridículo el estilo culterano y á los noveles predicadores.

Fray Gerundio había aprendido de los capuchinos muchas cosas que repetía sin entender y que ellos aplaudían, merced á los obsequios que les hacía el padre de Gerundio.

Este, más adelante entró á la escuela, y entonces el Padre Isla censura la enseñanza pedantesca, los cómicos disparates, la ignorancia de los preceptores, la manía de citar pasajes latinos, la extravagancia de los títulos, lo ampuloso del estilo, etc.

Gerundio entra fraile por consejo de un predicador y de un lego, Fray Blas, el orador más famoso del convento, que

sabía captarse la voluntad de los oyentes con varios artificios, uno de ellos excitando la curiosidad con proposiciones inesperadas como esta:—"Niego que Dios sea uno en esencia" y trino en personas."—Los circunstantes se quedaban asombrados; pero Fray Blas continúa:—"Así dicen el ebionista, el marcionista, el arriano, etc."

En esta escuela se formó Fray Gerundio, produciendo después sermones gongorinos, de los cuales el autor de la novela inserta algunos para conocimiento y edificación del lector.

* * *

Como pruebas de lo que dominó en Nueva España el gongorismo oratorio, durante la época que nos ocupa, vamos á dar noticia de los predicadores mexicanos más notables del siglo XVIII, y á citar antes un libro curioso impreso en México, 1735, libro que por sí sólo basta para dar testimonio de lo arraigado que estuvo en nuestro país el sistema de Fray Félix Monasterio Paravicino.

Este libro indica lo que es, desde su título: "*Construcción predicable y Predicación construida.*" Su autor fué Fray Martín de San Antonio y Moreno, de quien Beristain dá razón en su *Biblioteca*.

Así como el jesuita Gracián, en España, trató de reducir á reglas el culteranismo, en su obra *Agudeza y arte de ingenio*, así Moreno en México por medio de su *Construcción predicable*, quiso elevar la oratoria gongorina al grado de sistema, admitiendo como precepto lo que él juzgaba bello en los sermones que había leído.

Lo más curioso es que Moreno se propuso corregir á los que reducen la predicación á farsa, con más el absurdo de que la *Construcción predicable* no es más que una colección de reglas relativas al uso de combinaciones, conceptos, interpretaciones, símiles, etimologías, alusiones, anagramas, gonglíficos y demás juegos gongorinos.

Más adelante la restauración del buen gusto oratorio en España y sus colonias, se verificó mediante el esfuerzo de diversas personas y distintos medios. Así como el Padre Isla empuñó el azote de la sátira, otros atacaron el culteranismo con el ejemplo y con la doctrina.

Algunos, aunque pocos, como Barcia, Pina, Bocanegra y Gallo, hablaban en el púlpito convenientemente. Mayán y Siscar en su *Orador cristiano*, expuso los defectos que dominaban en la oratoria sagrada y los medios de corregirlos. Clément hizo traducir la Retórica del Padre Granada, y en el prólogo de la traducción se extendió en censurar los errores de la época.

Del Mismo modo que Clément, Mayán, etc., obraron otros hombres de buen sentido, algunos de ellos en Nueva España, los cuales mencionaremos luego.

Triunfante ya en la antigua y la Nueva España la escuela literaria que justamente exigía en el púlpito la unión de lo grande, elevado y digno con lo sencillo, natural y claro, no por ésto se llegó á la perfección.

Nuestros mejores oradores sagrados, así como los españoles de la misma clase, no pasan del grado bueno sin llegar al *óptimo*; no lograron ponerse al nivel de los Padres griegos del Siglo IV, ni de los oradores franceses del Siglo de Luis XIV.

Calatayud, en su *Tratado de elocuencia*, dice:

"Debemos confesar que nuestra elocuencia sagrada no ha llegado á la majestad, nobleza, fuerza y vehemencia del Padre Bourdaloue, ni á la energía, suavidad y dulzura de la del Sr. Massillon, ni á la afectuosa ó patética ternura que distingue las oraciones fúnebres de los Señores Flechier y Bossuet, que infunden una noble melancolía en los oyentes."

A lo observado por Calatayud hay todavía que añadir algo más, y es que, á veces los oradores sagrados de la restauración, tanto en España como en México, hacían degenerar la sencillez y naturalidad de la frase en vulgaridad y bajez.

Del mismo modo hemos visto, al tratar de los escritores en verso, que el gongorismo pasó entre algunos de ellos al extremo del prosaismo.

Supuesto todo lo explicado, vamos á dar ahora la noticia ofrecida de los predicadores mexicanos más notables, de más fama, pertenecientes al Siglo décimo octavo.

Fray Juan de San Miguel—Natural de Zacatecas, donde tomó el hábito de San Francisco, habiendo estudia-

do en el colegio de San Buenaventura, Tlaltelolco de México.

Ejerció varios cargos de su orden en diversos lugares del país, Michoacán, Durango, San Luis Potosí, etc., siendo finalmente Provincial de Zacatecas hacia 1710.

Según Arlegui sabía de memoria toda la Biblia y según Beristain fué tan excelente predicador "que sus sermones, compuestos cuando reinaban el estilo y gusto de Vieyra, son dignos de leerse y de imitarse en el Siglo XIX."

Hé aquí lo que nosotros encontramos en los sermones varios de Fray Juan de San Miguel predicados en México, 1762: lenguaje correcto, estilo agradable, arranques de elocuencia, pero al mismo tiempo locuciones demasiado llanas algunos adornos gongorinos ó ideas alambicadas con el gusto de la misma escuela.

Sirva como ejemplo de los muchos defectos el "Panegírico de Carlos II," sermón fúnebre el cual comienza por un título culterano como: "Espejo para todos los Reyes del Mundo, descifrado en la estatua de Nabucodonosor, mejorado para los Señores Reyes de España en el magnífico corazón de la muerta magestad de nuestro católico Rey D. Carlos II."

En este panegírico se hallan consideraciones fisiológicamente violentas sobre el corazón del Rey difunto, declaración exageradas y conceptos tan pueriles como este:

"Seis meses ha que podíamos poner en el palacio de nuestro difunto Señor y Rey D. Carlos II y en todas las casas reales de sus ciudades y vecinos, un escudo de oro con una escritura que dijera: *habeo omnia, tengo todas las cosas*. Y hoy ni su Magestad lo puede poner ni nosotros lo podemos decir, porque vino la muerte y añadió una letra, una *S*, y el padrón glorioso que decía *habeo omnia*, se convirtió en triste epitafio que dice: *habeo somnia, nada tengo*."

De las locuciones demasiado llanas que se encuentran en ciertos sermones pertenecientes á la citada colección, dará idea el siguiente pasaje. En el sermón de honras por la muerte de un general, dice el Padre San Miguel:

"Quiere V. M., Señor, que habramos los ojos al ruido que hace al caer ese difunto grande."

Fray Blas de Pulgar.—Franciscano, natural de España, pero avencidado en México, donde desempeñó varios cargos propios de su ministerio, donde enseñó teología con aplauso y donde tuvo fama de ser uno de los oradores que sabía unir á la erudición, la afuencencia y el arte.

Pocos de los sermones de Pulgar se dieron á la prensa, y de estos tenemos á la vista su oración fúnebre por muerte de Carlos II (1701) y una colección de ocho (1710), seis sobre el cántico de la *Salve*, uno á la Virgen de Aranzazu y otro á la Natividad de María Santísima, con el título de *Bezo-Uña* (textual.)

Esos ocho sermones tienen el mismo carácter, lenguaje y estilo aceptables, aunque no llegan á la verdadera elocuencia, á conmover, exceso de erudición, pensamientos más agudos que sólidos, más ingenio que lógica.

En particular, respecto al panegírico de Carlos II, diremos que nos parece débil en la forma y exagerado en los elogios.

Fray Antonio Mansilla ó Mancilla.—Natural de México, religioso de la orden de San Francisco, sucesivamente lector jubilado, Guardián de varios conventos, definidor y Provincial. Alguna vez se confiaba á Mansilla la ejecución de un sermón difícil, como el predicador más insignificante de la ciudad de México.

Según Beristain, "Mansilla, á pesar del gusto de su tiempo en la oratoria del púlpito, sobresalió entre sus contemporáneos por la seriedad sus asuntos, por la gracia y fluidez del estilo y por la solidez de los pensamientos. Escribió muchos sermones que compondrían muchos volúmenes y dió á luz más de cincuenta."

De estos sermones el mismo Beristain cita doce, y nosotros conocemos diez: (1703, 1709, 1714, 1714, 1719, 1722, 1725, 1725, 1726 y 1729.)

El sermón de 1703 no es gongorino en la forma, pero sí en la sutileza del argumento, anunciado por el título: "Místico complemento que en manos, piernas y piés se le dió al templo de religiosos bethlemitas el 27 de Mayo del año 1703, en la dedicación de un suntuoso colateral, etc."

Además el sermón á que nos referimos es de estilo pesado y contiene frases demasiado llanas.

En el sermón de 1709 á la Santísima Trinidad tampoco

se nota gongorismo de dicción, pero se caracteriza por su dialéctica embrollada y exceso de citas.

El sistema culterano del primer sermón, correspondiente al año 1714, se indica desde el título: "Quinta esencia de "perfección heroica y virtud sin segunda de nuestro seráfico Padre Sr. San Francisco, hecha de sus deshechos y "sacada de sus desperdicios."

El otro sermón de 1714 fué dedicado á San José. Trató de probar el orador que habiendo dicho San José á la Madre Mariana Escobar "que él tenía á su cargo la América" debía entenderse:

"Que la América, antes que fuera del Rey, era de San José; que antes que la patrocinaran las armas españolas la habían apadrinado los ruegos del Patriarca; antes que Cortés la ganara ya San José la tenía convertida; antes que el Rey cuidara de los indios, ya San José tenía á su "cargó sus almas"

A lo peregrino del argumento hay que añadir estos defectos: difusión, locuciones vulgares, erudición innecesaria, figuras de mal gusto y aun extravagantes, como comparar al Virrey con el sol, á la Audiencia con la luna y á los jueces, alcaldes etc., con las estrellas.

Para no fatigar al lector agregaremos solamente, respecto á los demás sermones citados de Mansilla, que también son defectuosos, y de la misma manera que las oraciones examinadas, ésto es, más que por la forma, la cual no es irrepachable, por lo especioso ó lo fútil de la argumentación.

Padre Juan de Goycoechea.—Nació en la Ciudad de San Luis Potosí, Junio de 1670, y entró á la Compañía de Jesús, provincia de México, en Julio de 1685.

Mereció entre los oradores de su tiempo la calificación de *inimitable*; escribió muchos sermones que se conservaban manuscritos con grande aprecio.

Beristain cita dos impresos, el de Felipe V (1707), y el de Nuestra Señora de Guadalupe (1709.) Nosotros hemos leído esos dos sermones y otro que omite Beristain, referente al triunfo conseguido por el General Angulo contra tres fragatas inglesas en el mar Pacífico. (México, 1710.)

El artificio gongorino del primer sermón se declara desde el título:—"Filipó V, David segundo en la piedad, pri-

"mero rey de las Españas, procurando más prertos, celebrando exequias á sus militares difuntos, reina entre los leones, vence sus enemigos, restaura los términos de su imperio, su sucesión feliz eterniza su sólio, y se hace un nombre grande, igual con el que hoy tiene entre los Reyes, el renombre de Grande."

El sermón de Nuestra Señora de Guadalupe tiene estilo afectado, construcciones forzadas, juegos de vocablos, comparaciones violentas y confusión de ideas.

En ese sermón se sostiene que la aparición de la Virgen de Guadalupe es un milagro mayor que el de haber formado Dios (según el sentido literal de la Escritura), primero el sol y luego los astros.

En el mismo discurso hay figuras como estas: al rocío se le llama *delgado sudor del cielo*; al sol, *capitán general de las luces*; á la luna, *consorte del sol*.

Todavía es más disparatado el tercer sermón de Goycoechea (1710.) siendo bastante, como muestra, copiar aquí el principio de la salutación.

—"Si el bajar de los cielos, cuando los inclinó y bajó, aquel divino Pan para hacerse carne en el virgíneo vientre, fué engolfarse en el alto mar de María, nave que lo traía de lejos, porque de las fortunadas islas del cielo lo traía; si el lloverse aquel celestial maná, como rocío blanco al vellón puro, y como lluvia de oro al vellocino de aquel cordero, fué para que aquella nave, Argos estrellado, fuese nave juntamente que si nos lo traía como Pan, nos lo robase como cordero del celestial trono. Si el llevarlo el sagrado vientre nueve meses como Pan y como Cordero, hasta exponerlo entre pajas y pastores, en la fertilidad de Efrain (ó Eufrates), fué navegar la palabra divina, que gramó, en María que es mar y en su vientre que vaso, hasta nacer en Betlen, que fué tomar puerto en la casa del pan; y por último, si María es mar y si es su vientre nave, levantamos con estrellas no sólo la voz, sino la mente."

Dr. D. Luis Verdiguier Isasi. Natural de México, sucesivamente cura, canónigo, etc. Murió de 68 años en 1728.

El obispo de Michoacán, Trujillo, que pasaba por hombre elocuentísimo y que habla sido catedrático en Sevilla, llamaba á Verdiguier *el grande orador de Nueva España*.

El docto Padre Aroche consideraba á nuestro predicador como un orador *sin segundo* y llegó á compararle con Demóstenes y Cicerón.

Según parece, sólo tres sermones publicó Verdiguier, de los cuales tenemos presente el que lleva este título: "Moisés retratado en la vida, virtudes y muerte del Ilmo. y Rvo. Sr. Dr. y Maestro D. Fray Antonio de Monroy, Arzobispo de la Santa, Apostólica y Metropolitana Iglesia de Santiago de Galicia. Sermón fúnebre" (1716)

De cuanto hemos examinado hasta ahora respecto á oratorio sagrada mexicana, en el Siglo XVIII, el sermón fúnebre que nos ocupa es lo mejor, respectivamente hablando, lo menos defectuoso.

Tiene algunos descuidos de forma, algunos epítetos impropios y el exordio es demasiado pomposo; el arte aconseja que en el exordio haya esmero, pues que se evita causar mucha impresión: que la entrada no sea exajerada para que el interior del edificio no desmerezca.

El argumento se funda en comparaciones violentas, pues por notable que fuera el Sr. Monroy, no podía ponerse en paralelo con el grandioso Moisés.

Sin embargo, en el sermón que examinamos hay que elogiar el lenguaje puro, el estilo claro y fluido, el ornato conveniente, los pensamientos religiosos tomados de la Escritura, los rasgos de elogio oportunos, la moralidad, fundada principalmente en lo que exige la oración fúnebre cristiana, se llora á la persona muerta, pero consolándonos de su pérdida al considerar que Dios le ha concedido el premio de sus virtudes.

Ea una palabra, el sermón fúnebre de Verdiguier, no puede llegar al grado de deleitar y conmover, pero se lee sin desagrado.

Padre Nicolás Segura.—Nació en Puebla á 20 de Noviembre de 1676, y entró á la Compañía de Jesús, Abril de 1695, en el noviciado de la Provincia de México.

Fué Maestro de retórica, de filosofía y de teología, rector de varios colegios, secretario de provincia y procurador en Madrid y Roma, á donde pasó en 1727; á su regreso fué propósito de la Casa Profesa de México.

Murió asesinado en su mismo aposento de la Casa Profesa, el 6 de Marzo, del año 1743.

Entre las obras que publicó figuran 10 tomos de sermones. Un biógrafo, el Sr. Sosa, que no conoció los discursos de Segura, dice que éste se distinguió como orador sagrado, pero los varios sermones que de él hemos leído nosotros, no pasan de medianos; no tienen defectos notables, pero tampoco cualidades oratorias que los distinguan.

Fray Juan López Aguado. Franciscano, natural de Tlalpujahua.

Fué Maestro de teología, sirvió al Tribunal de la Inquisición en varios oficios y desempeñó el cargo de Guardían en Valladolid de Michoacán.

Pasó á España como custodio de su Provincia, para representar á ésta en el Capítulo general de la Orden seráfica. Habiendo regresado á América, murió en dicha ciudad de Valladolid, Marzo de 1744.

Según Beristain, "los sermones de Aguado eran claros, sólidos y dirigidos al provecho espiritual del auditorio."

Conocemos nosotros un sermón fúnebre del Padre Aguado con motivo de la muerte de Fray Antonio Margil de Jesús (1726,) el cual sermón tiene buena forma con pocas cosas de culteranismo.

Empero, no llega á ser una oración fúnebre como el arte requiere, sino simplemente una relación laudatoria de las virtudes de Fray Margil de Jesús, con algunos adornos oratorios.

Fray Juan Villa y Sánchez. Nació en Puebla á fines del Siglo XVII, donde profesó el orden de Santo Domingo. Murió á mediados del Siglo XVIII, dejando fama de sabio profundo, de ingenio sublime, de orador asombroso, maravilloso, admirable, de singular predicador entre predicadores singulares, de "*gigante de la oratoria.*"

Según Beristain, "Villa, á pesar de la corrupción en que yacía la oratoria del púlpito, supo sobreponerse á su edad, "exceder á los Vieyra en el ingenio, é imitar á los Grana "da en la claridad y solidez de los discursos."

Por nuestra parte, vamos á manifestar la opinión que hemos formado respecto á los sermones que conocemos del Padre Villa.

Sermón de Nuestra Señora de Guadalupe. (1733.) Este sermón se recomienda por el lenguaje castizo, el estilo elegante, con raras toques de culteranismo, el tono animado, al-

gúnos adornos retóricos oportunos, rasgos de unción, de afecto, de espíritu religioso.

Empero, el argumento se haya fundado en conceptos más ingeniosos que verdaderos y en interpretaciones violentas.

Así, por ejemplo, se supone infundadamente que el Salmo 44 de David se refiere á la Virgen de Guadalupe; se enseña que la imagen de esa virgen "la sacó Dios de aquel "original que tiene en su mismo corazón de donde copió á la "misma María;" se sostiene que ninguno de los apóstoles vino á México á predicar el Evangelio, porque la Virgen de Guadalupe estaba destinada á ser la *misionera* de los mexicanos.

De esta manera el Padre Villa toma una entidad moral como entidad física. Todos los creyentes de buen sentido admiten que la Virgen de Guadalupe fué la intercesora, la protectora de los indios; pero saben que los misioneros de la palabra divina en nuestro país fueron los religiosos que vinieron á América con el objeto de enseñar la religión cristiana.

Sermón de San Juan Bautista (México, 1750). Defectuoso, porque aunque su lenguaje y estilo no son malos, en cambio es difuso y obscuro, se halla cargado de citas, tiene juegos de palabras, conceptos alambicados y, sobre todo, su argumento es de sutileza gongorina.

Por ejemplo, en un pasaje se dice:—"Entonces se había "de cumplir su *tiempo*, cuando ya no fuese tiempo."—A "Santa Isabel se le aplica este concepto:—Una mujer á quien "le cupiera en el vientre, lo que no le cupo en el juicio, que "concebiera en las entrañas lo que no en el entendimiento."

He aquí el argumento del sermón, según palabras del autor mismo: "Yo no presumo ni pienso en decir lo que fué "San Juan; pero no haré poco en decir lo que no fué; no "pienso decir las gracias, las excelencias, los dones, las "prerrogativas, los privilegios que tuvo; diré lo que le faltó. ¿Y qué faltó á San Juan? La divinidad. Y así respon- "diendo, como prometí, á la pregunta del Evangelio, digo "que había de ser y fué el hombre que no era Dios, ó el "que no era hombre Dios."

Sermón de Santo Domingo. (México, 1755.) No hemos hallado en este discurso gongorismo de dicción, pero sí algunas sutilezas, difusión, obscuridad y pesadez.

Sermón fúnebre en las exequias de Fray Tomás Ripoll. (México, 1793).

Este sermón es difuso, pesado y se halla plagado de gongorismo.

Ejemplos: El orador, para calificar su discurso, necesita *siete* adjetivos: "*Triste, funesta inculta* oración; más bien *narración trágica, luctuosa, tierna* expresión, significación "*dolorosa.*"

Una figura como esta: "Palabras que *eructa* el corazón "embriagado." Llama á la *lengua, pluma* del corazón; al *llanto, cláusulas* de las *lágrimas*; al *rostro*, bello de su *compatriota, fachada* de *nuestra patria*.

Sermón titulado, *Justos y debidos honores á la Madre María Agueda de San Ignacio*. (Puebla, 1756). Merece la misma calificación que el sermón anterior, con el agregado de *conter* locuciones vulgares.

Dr. D. José Díaz de Alcántara.—Natural de Nueva España, Doctor teólogo por la Universidad de México, canónigo de la Catedral de Durango, Juez conservador de la Provincia de franciscanos de Zacatecas y teólogo de la Nunciatura de España.

Tuvo fama de gran orador y por la pureza de su lenguaje mereció el título de académico honorario de la Real Academia de la lengua Española.

Según Beristain, sólo publicó Alcántara *siete* de sus sermones, de los cuales conocemos *seis*, el más antiguo dedicado á San Jorge (México, 1751).

Se recomienda este sermón por su lenguaje y estilo; pero no por el argumento que funda en comparaciones é interpretaciones forzadas, sacadas de la Escritura.

Baste decir que siendo San Jorge, según las creencias piadosas, especial protector del hombre, contra los animales ponzoñosos, y declarado aquel Santo patrono especial de Durango, donde abundan los alacranes y donde se predicó el sermón que nos ocupa, se compara en ese sermón á San Jorge con la sierpe de metal que fabricó Moisés para libertar á los israelitas de las serpientes igneas que los mataban en el desierto, y se sostiene que esas serpientes no eran más que alacranes.

El mismo carácter en el fondo y en la forma tiene otro sermón de Díaz Alcántara, cuyo título es de sabor gongori-

no: "Santo canonizado por el Padre, declarado por el Hijo y "confirmado por el Espíritu Santo, San Pedro." Oraciones panegricas (México 1752).

En este discurso sagrado se trata de probar la excelencia de San Pedro por medio de interpretaciones violentas, sosteniendo "que el Príncipe de los apóstoles fué declarado *Santo* desde la tierra, desde este mundo, por la Santísima Trinidad."

Un sermón del orador que nos ocupa tiene por objeto á la Virgen de Guadalupe. Este sermón es censurable por lo esencial y por lo formal.

El asunto consiste en querer probar por medio de argumentos extravagantes que la Virgen María tuvo mayor predilección por los americanos que por San Juan.

Uno de sus argumentos es este: "la Virgen para venir del "cielo á las Indias, tuvo que caminar *168,000 millones de "leguas."*

Del afectado estilo del sermón servirá de ejemplo el siguiente pasaje, donde se notará especialmente el abuso de adjetivos:

—"Sobre la *verde, plácida* alfombra ó *mullida* costra de la "más *fresca, deliciosa* campiña se pasaba *incauto* el hijo del "célebre tirador Alevon, cuando abrazándole *astuta* con las "formas de su *hondeado* cuerpo una *deforme ponzoñosa* culebra, intentaba cebar su *venenosa* furia en el *indefenso des-* "venturado joven, que visto por su amoroso Padre en tan "inminente peligro, *absorto* entre los arbitrios que le dicta- "ba la compasión de su *paternal* cariño, y zozobrando en la "varia multitud de *funestas diabolos* imaginaciones, resolvió, "por fin, usar de su destreza."

Tres panegíricos de Díaz Alcántara, uno dedicado al Santísimo Sacramento, otro á la Inmaculada Concepción y el tercero á San Pedro, fueron publicados en un sólo volumen (1760).

En los tres panegíricos se encuentra lenguaje correcto, estilo sencillo, carencia de adornos postizos, de relumbros ridículos; pero no hay en ellos gracia, vigor, ni sentimientos oratorios; además, los asuntos de esos panegíricos, en vez de ser claros y fácilmente inteligibles, como requiere la oratoria sagrada, contienen una teología verdaderamente tenebrosa.

Ilmo. Dr. Don Andrés Arce y Miranda.—Nació en Huejotzingo, á principios del siglo XVIII; estudió bellas letras, filosofía y teología en Puebla, así como jurisprudencia en México, donde se recibió de abogado y ganó bolsa de Doctor.

Obtuvo un curato en Pachuca y la canongía magistral de la Catedral, en su misma ciudad. Renunció el Obispado de Puerto Rico á que le presentó Fernando VI; murió en 1674, dejando fama de gran virtud y saber.

Su reputación de buen orador llegó al grado que Beristain diga: "Miranda unió en sus sermones la claridad y "solidez de Granada, con la condición y gracia de Vieyra."

Según el mismo Beristain, se imprimieron tres tomos de *Sermones varios* escritos por Miranda en México, 1747, 1755 y 1761.

Nosotros conocemos del Dr. Miranda la colección de 1791 y su panegírico de San Ignacio de Loyola, predicado en Julio de 1761, el cual panegírico, según el censor doctor y maestro Elizalde, fué la obra maestra de Miranda, la que había de *immortalizarle*.

Según nuestro gusto, el lenguaje de ese sermón es castizo, el estilo claro y fácil; pero el argumento peca por ser más ingenioso que verdadero, tratando de sostener el predicador que San Ignacio es diferente de San Pablo porque éste para ver el cielo fué arrebatado á él, mientras que el cielo vino hacia San Ignacio y su Compañía, de donde se infiere "que el cielo ha venido á nuestras manos por las de ese mismo San Ignacio y su Compañía."

Esto mismo sucede con los demás sermones que conocemos del orador poblano, lo que no debe extrañarse sabiendo que Miranda imitaba á Vieyra, del cual hemos tratado en otro lugar.

Alguno de los referidos sermones de Arce y Miranda, puede tacharse aun de puerilidad como el *Asno predicador*, donde se pone al burro como ejemplo de moralidad.

En los panegíricos se notan alabanzas violentas y exageradas. Lo mejor de Arce y Miranda, relativamente hablando, son los sermones morales, donde el autor se limita á la amonestación cristiana.

Falta, pues, en el panegírico de San Ignacio, la solidez de Granada, á que se refiere Beristain.

Padre José Julián Parreño.—Nació en la Habana en Diciembre de 1728, y habiendo pasado á México, tomó aquí el hábito de jesuita en 1745.

Hacia 1754 fué nombrado maestro de retórica y en 1756 de filosofía en el Colegio de San Pedro y San Pablo. Después de haber enseñado teología en el Colegio de San Ildefonso de Puebla, se dedicó al ejercicio de la oratoria sagrada, siendo uno de los restauradores de ella en México, y tomando como modelos, principalmente á los oradores franceses del tiempo de Luis XIV, motivo por el cual se decía en Nueva España que Parreño predicaba á la francesa ó á la moderna.

He aquí lo que sobre este punto observa Beristain:

"Parreño se dedicó al ejercicio de la oratoria sagrada con tanto juicio y tan feliz suceso, que se concilió el aplauso general y el título de *primer orador á la moderna*. Uno de sus preladados, imbuido todavía en el método de Vieyra y bien hallado con los defectos del *gerundismo*, quiso reprenderle diciéndole que *no introdujese novedades en el púlpito*—*Yo no introduzco novedades*, respondió Parreño, *sigo el ejemplo de Cicerón y le cristianizo, como hicieron Granada y Bourdaloue.*"

"No obstante, muchos religiosos de su Provincia le animaban y aplaudían, y entre otros el Padre Manuel Herre—ra le decía:—*Ten fortaleza y no prediques según la costumbre, sino según las reglas de la buena oratoria.*"

Lo dicho por Beristain se halla confirmado substancialmente en las censuras al sermón de que después hablaremos.

Parreño emigró á Italia con sus hermanos (los jesuitas) en 1767, donde murió el año 1783, en el convento de Valumbrosa, Roma.

Entre las obras que publicó nuestro orador hay una intitulada "*Elocuente precepto*" (Roma, 1778); pero según parece sólo dió á luz dos sermones, uno de los cuales tenemos á la vista, y es un Panegírico de la Virgen de Guadalupe (México, 1762).

Este Panegírico nos parece recomendable por las cualidades siguientes: lenguaje castizo, estilo elegante y claro, tono animado, adornos propios y con moderación, conceptos fundados, sin violencia, en las sagradas Escrituras.

Todo ésto hace que el Panegírico de Parreño se coloque al grado bueno, y merecería tal calificación sino fuera porque en el asunto del discurso hay algo de sutileza escolástica.

Dedicado el sermón al Colegio de abogados de México, quiso probar Parreño que "la Virgen de Guadalupe no sólo era patrona de los abogados de Nueva España, sino que éstos, á la vez, eran *patrones* de la Virgen."

Fray José Manuel Rodríguez. Nació en San Cristóbal, de la Habana, pero floreció en México.

Pertenebió á la orden de San Francisco, fué lector, custodio y cronista de la Provincia del Santo Evangelio, consultor del Arzobispo de México y teólogo de 4º Concilio mexicano.

Se le considera como uno de los que reformaron en Nueva España la oratoria sagrada.

Escribió varias obras la mayor parte de las cuales corren impresas. De sus sermones conocemos los dos siguientes: *Oración en las honras de Fray Antonio Monserrat 1763*.—*Oración fúnebre en las honras por los militares difuntos*.

Estos sermones tienen corrección, claridad, sencillez, regular estructura, buen juicio, moralidad cristiana; pero carecen de toda la elevación, de todo el sentimiento que requiere la oración fúnebre; les falta lo verdaderamente grande y afectuoso, sin lo cual esa clase de discursos no pueden producir el efecto que produjo en Chateaubriand la lectura de la oración fúnebre de Condé por Bossuet.

"A este último esfuerzo de la elocuencia humana, dice Chateaubriand, lágrimas de admiración corrieron de mis ojos y el libro se me cayó de las manos."

Dr. Don Antonio López Portillo. Daremos noticia de este distinguido eclesiástico al tratar de la oratoria académica, y aquí manifestaremos únicamente que como orador sagrado publicó tres ó cuatro sermones uno de los cuales conocemos *Oración en las exequias del Itno. D. Tomás Azpuru.* (1772).

Nuestro parecer sobre esta oración fúnebre es igual á la emitida respecto á los sermones del Padre Manuel Rodríguez.

Fray Miguel Martínez Natural de Puebla, donde hizo sus estudios en el Seminario Palafoxiano.

Profesó el orden de la merced, fué Maestro en la Provincia de la Visitación, prelado de varios conventos, etc.

Beristain lo considera "como acaso el mejor orador evangélico de su patria."

El Sr. Fuero, Arzobispo de Valencia, al oír en la Catedral de Puebla el Panegrico de San Miguel Arcángel, pronunciado por Martínez, exclamó: "Ni en Toledo he oído mejor sermón."

De los muchos que escribió nuestro orador, sólo se publicaron cuatro: los hemos leído y son los siguientes:

Sermón de la Inmaculada Concepción de la Virgen María (México, 1783).—Sermón de gracias con que el Cabildo de Guanajuato celebró la cesación de los temblores de tierra. (México, 1784).—Sermón en la dedicación de la nueva iglesia del convento de San Pedro Alcántara, en Guanajuato. (México, 1785).—Oración evangélica en el último día del octavario con que la Ciudad de Guanajuato implora y celebra el patrocinio de María Santísima. (México, 1788).

Sin entrar en pormenores respecto á los sermones citados, y juzgándolos en conjunto, diremos que, en nuestro concepto, merecen calificarse de buenos.

Alguno de ellos podrá tacharse de algo difuso, y encontrarse en todos tal cual descuido de forma; pero no tiene duda que poseen todas estas cualidades: asuntos cristianos sin mezcla de lo profano impertinente, argumentos lógicos y sólidos, recta aplicación de la Sagrada Escritura, moralidad evangélica, rasgos de unción y de sentimiento religioso, erudición propia, lenguaje correcto, estilo elegante y claro, tono elevado y adornos convenientes.

Todo ésto hace que Martínez no sólo enseñe y persuada como retórico, sino que agrade y conmueva algunas veces como verdadero orador.

Don José Patricio Fernández de Uribe y Casarejo.—Natural de México, canónigo de la Catedral Metropolitana, caballero de la orden de Carlos III, etc. Murió á la edad de 54 años, en Mayo de 1796.

El Cabildo de la Catedral mencionada acordó una función fúnebre en honor de Uribe, y que su retrato se colocara en las oficinas públicas de la misma Iglesia.

Fué nuestro Doctor uno de los sabios más distinguidos de su tiempo, y aunque los biógrafos y los bibliógrafos que hemos consultado no lo citan como predicador, nosotros

le damos lugar en el presente capítulo porque nos parecen de mérito literario los sermones suyos que hemos podido leer.

Entre las obras que publicó Uribe, llamó mucha atención su *Censura del sermón predicado en el Santuario de Guadalupe, por Fray Servando Teresa Mier*. (1796.) (Véase lo que adelante decimos del Padre Mier.

D. José Patricio Fernández de Uribe.—Orador muy conocido, especialmente por su elogio de Felipe V, que premió la Academia Española.

Nació en la Habana y figuró principalmente en España. Sin embargo, lo mencionamos aquí porque fué canónigo de la Catedral de Puebla, donde murió en 1797, y porque en Nueva España publicó dos sermones de mérito, uno en castellano y otro en latín, siendo de los predicadores que con su ejemplo y doctrina contribuyeron en nuestro país á destruir el gongorismo.

Los sermones á que hemos hecho referencia son: Oración fúnebre en honra de los militares difuntos (1757) y *Oratio in exequis Serenissime Regis Caroli III* (1789.) El elogio de Felipe V se reimprimió en México, 1785.

Como muestra de los discursos sagrados de Condé y Oquendo, copiaremos una parte de su elogio á la Milicia Española, el cual pasaje pertenece al primero de los sermones citados.

De este sermón, lo único que nos disgusta, son algunas palabras desusadas que el autor emplea, como *testa* en lugar de *cabeza*, y *porta* en lugar de *puerta*, etc.

He aquí el pasaje prometido:

—"Viriato solo fué como un castillo roqueño y fronterizo á Roma, donde se estrelló todo el poder y gloria de los señores del Mundo. No se halló en Sagunto un vecino que quisiera sobrevivir á la rendición de la ciudad; y la hoguera de Numancia todavía levanta llama en los pechos de los bravos españoles, y mientras se guste de emblemas, avivarán sus calientes cenizas las febres y delirios del amor patrio.

"Si os acordáis de la perfidia de un gran señor que sacrificó todo el reino á una venganza doméstica (Don Julián), no olvidéis la gallardía y celo de un Príncipe (Pelayo), que fortificado sobre las más fragosas eminencias, no sólo

"conservó la especie y flor de su Nación, sino que, apenas pudo alear, descendió á las llanuras, y dió batallas de poder á poder, no á ejércitos, sino á torbellinos de *Alarbes*. "Salió siempre vencedor de unos para vencer á los otros. (Apolipsis 6, 2.) y pasó de hijos á nietos su corona, puesta en la punta de su espada; trajéronla por ocho siglos siempre desnuda y siempre invicta; limaron eslabón por eslabón la cadena de nuestra esclavitud; fueron á los alcances del tirano hasta el asilo de sus costas, y le tienen cerradas hasta hoy las puertas con cinco presidios inexpugnables."

Fray Nicolás José de Lara. He aquí, muy en compendio, las noticias que sobre este orador dan Beristain en su "*Biblioteca*" y Sosa en las "*Biografías de Mexicanos distinguidos*."

Nació en Mérida de Yucatán, en Diciembre de 1751; allí hizo con mucho aprovechamiento sus estudios profanos y sagrados y allí se ordenó de sacerdote.

Más adelante tomó el hábito de San Agustín en el noviciado de Chalma y profesó en el convento de México, perteneciente á la misma orden.

Con motivo de un sermón suyo sobre San Agustín se dijo: "Si el grande Agustín viviera y ante él Lara predicara, dijera San Agustín de Lara, lo que Lara de él dijera."

Nuestro orador fué licenciado en cánones, Provisor y Vicario general de la diócesis de Campache, catedrático de latín y teología, cura de almas, teólogo consultor, Rector del Seminario de su patria, etc.

Empero, como la mayor parte de los hombres de mérito, tuvo enemigos que le persiguieron, comenzando por lanzarle bruscamente del Seminario de Mérida y mortificándole aun en su retiro de México, donde falleció en Enero de 1806, después de un viaje que hizo á Yucatán y á la Isla de Cuba, con motivo de las indicadas persecuciones.

Lara escribió varias obras, entre ellas muchos sermones; pero de éstos sólo uno se ha impreso con el título de "Elogio de San Juan Apóstol y Evangelista" (México, 1793).

No mereciendo esta pieza literaria los honores de un análisis minucioso, vamos á dar cuenta de ella con pocas palabras.

El sermón de San Juan Evangelista, por Lara, carece de verdaderas bellezas literarias que muevan y deleiten y aun

contiene locuciones demasiado llanas, así como algún toque de color escolástico.

Sin embargo, ese sermón es apreciable, porque, en lo general, su autor observa las reglas de la gramática y de la retórica, respecto á lenguaje, estilo, adornos, argumento, división, exordio, confirmación, elogios de Santo, doctrina ortodoxa, etc.

Fray Francisco de San Cirilo, llamado en el Siglo Don Francisco Arai é Hidalgo.

Nació en Cadiz, tomó el hábito de carmelita en Puebla, enseñó filosofía y teología en los conventos de San Gregorio en Tacuba y de Chimalistac en San Angel.

Desempeñó varios cargos de su orden como Prior Provincial, etc; fué calificador del Santo Oficio, examinador sinodal del Arzobispado de México y sirvió de consultor á los Vireyes en algunos asuntos.

Falleció á 21 de Febrero, año (1809.)

El Padre Cirilo fué notable por su talento, saber y virtud, y se le consideraba, en su época, como un excelente maestro de oratoria sagrada.

Tradujo las "Reflexiones sobre la crítica" del Padre Santa María y predicó muchos sermones, de los cuales, según noticias que tenemos, se publicaron ocho, á fines del Siglo décimo octavo.

Los que, de estos sermones, hemos podido leer, no pasan de medianos, pues sus argumentos adolecen de sutileza, y aunque la forma no es defectuosa, tampoco tiene notables cualidades.

Presbítero José Manuel Sartorio. Habiendo ya hablado de Sartorio al tratar de los poetas, le consideraremos aquí únicamente como orador.

Los contemporáneos de Sartorio le aplicaron el anagrama de *is orator*, como dote preeminente de su ingenio.

En su época circulaba el siguiente epigrama para caracterizar á los oradores de entonces:—"Sánchez divierte, Sartorio convierte, Sartorio presume y Dienar confunde."

Sartorio mismo en un epitafio que hemos copiado en otro lugar (Parte 1ª, capítulo 8), se calificó de orador y no de poeta, prueba inequívoca de que sus esfuerzos no los dirigía más que á otra materia.

Beristain, en su *Biblioteca*. dice:

"Sartorio que por sus talentos, doctrina y esquisita erudición sagrada y profana, había brillado en las cátedras de la Universidad y en otros teatros literarios, si su virtud, modestia y recogimiento, no lo hubieran retraído del bullicio del Siglo, no ha podido, con todo, ocultar sus luces en el infatigable ejercicio de la predicación de la palabra de Dios, en que por espacio de cuarenta y dos años se ha ocupado, ni en una ú otra ocasión oportuna en que su celo y patriotismo han acreditado su buen gusto en la literatura. Sin los exteriores adornos de la borla y otros pomposos títulos, ha merecido el concepto público de ser uno de los primeros oradores de esos tiempos."

Otras personas han llamado á Sartorio un Bossuet ó un Massillon. Nosotros, por nuestra parte, no cremos que este aserto deba tomarse á la letra, porque según hemos manifestado al comenzar el presente capítulo, ni aun en la literatura española, madre de la mexicana, se encuentran oradores como los franceses.

He aquí el juicio que, en nuestro concepto, debe formarse realmente de los sermones de Sartorio, según la lectura que hemos hecho de los que corren impresos:

En esos sermones se hallan faltas gramaticales, trozos lánguidos; pero son recomendables por su sencillez, ingenuidad, doctrina y sentimientos cristianos, ideas juiciosas y algunos rasgos oratorios.

CAPITULO IX.

La oratoria sagrada en México, durante el siglo XIX.

Dr. José Heredia y Sarmiento.—Fray Diego Miguel Bringas Mawancada y Encino.—Fray Dionisio Casado.—Fray José María Orruño Irojusta y Uranga.—Dr. Fray Juan González.—José Mariano Beristáin.—Fray Francisco Rojas y Andrade.—Fray Francisco Núñez.—Don José María Guillén.—Lic. Antonio Joaquín Pérez Martínez.—Manuel Gómez y Marín.—Fray Manuel de San Juan Cristóbal Nájera.—Dr. José Mariano Galíndez.—Dr. Manuel Moreno y Jove.—Ilmo. Dr. D. Clemente de Jesús Manguiso, Obispo de Michoacán.—Presbítero Dr. Ignacio Jerónimo Domínguez.—Don José María Díez de Solís.—Lic. Miguel G. Martínez.—Consideraciones generales sobre la elocuencia sagrada en México.

Si se compara el número de oradores sagrados que hubo en México, según las noticias que nos quedan, durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, se notará que el más abundante en esa clase de autores fué el siglo XVIII.

En nuestra época han disminuído, relativamente, los oradores sagrados. En primer lugar, la falta de tranquilidad en los ánimos producida primero por la guerra de independencia y después por nuestras continuas luchas civiles. En segundo lugar, la disminución de las clases eclesiásticas en número y en influjo social.

Es un hecho que en el presente siglo se ha dedicado en México al sacerdocio menor número de personas que en la época colonial, y es un hecho también que en nuestros tiempos el clero no tiene el influjo que tenía antes, no sólo bajo el punto civil, político y pecuniariamente, sino aun el filosófico ó religioso.

Lo primero ha sido en virtud de las reformas religiosas